

Barragán, Rossana. *Espacio urbano y dinámica étnica. La Paz en el siglo XIX*, segunda edición. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional, 2024, 365 pp.

Rossana Barragán es una destacada historiadora boliviana cuya producción dedicada a la etnohistoria comenzó a principios de los años 80, pero que pronto se extendió a otros temas como el género, las guerras de independencia, el mundo del trabajo, la historia contemporánea y la teoría, especialmente la subalternidad. El libro que es motivo de esta reseña fue publicado originalmente en 1990; es un indudable acierto reeditarlo, porque la combinación de enfoques provenientes de la antropología, la sociología, la demografía, la historia, etcétera, fue novedosa y, gracias a su originalidad, no ha perdido relevancia.

El tema del libro es complejo; se trata de combinar varias perspectivas que atraviesan la historia de la ciudad de La Paz, pero que pueden ser extendidas a otras ciudades latinoamericanas. Estas son: la configuración y evolución del espacio urbano, la demografía y la etnicidad, analizadas con el objetivo de comprender la evolución de la sociedad, la economía y la cultura de La Paz. En ese sentido, el libro puede ser comprendido como un esfuerzo por desarrollar una «historia total», como se evidencia en el índice, el cual muestra secciones dedicadas a la política, la economía, la sociedad, las fiestas y las representaciones.

Como se señala desde el inicio, el libro propone que la historia de la ciudad de La Paz no puede entenderse sin la «activa participación indígena», desarrollada a partir de un núcleo de control hispano, pero que se modificó con la división y especialización del trabajo, en el cual la participación indígena es central. En ese sentido, la demografía de la ciudad muestra la rápida «indigenización» y luego un largo proceso de mestizaje que le otorgó su originalidad. La autora opta acertadamente por seguir la evidencia que le proporcionan los libros parroquiales no solo para comprender mejor la conformación social de la ciudad, sino para

entender más adecuadamente la participación indígena, por ejemplo, en las luchas por la independencia desarrolladas en La Paz.

La parte dedicada a la economía utiliza lo que contemporáneamente se denomina «cadena de mercancías», no estudia solo la producción de la zona, compuesta por productos agrícolas, especialmente coca y cascarilla, sino también su comercialización e intercambio con otros productos a partir de los tambos, por supuesto, analizadas conjuntamente con la importante producción minera y artesanal. Sin que se fueren las relaciones, Barragán, con su prolífico análisis de la economía, establece la base material de la existencia social, la cual le da sentido, pero no determina a las clases sociales. En ese sentido, Barragán retoma la perspectiva marxista de la historia, pero no de forma esquemática ni con conceptos preestablecidos. Su análisis es profundamente histórico, es decir, trata de ver la relación entre la base material de la existencia y el orden sociocultural, estableciendo matices antes que afirmaciones absolutas. Por ejemplo, no describe a la sociedad organizada en sectores rígidos compuestos por españoles, mestizos e indios; por el contrario, muestra las sutilezas de la estructura social compuesta por elementos de clase, género y etnicidad. Por ejemplo, al analizar la sociedad paceña de fines del siglo XIX, comenta: «la posición económica de campesino, así como su identidad, hacía de ellos el sector social más explotado y menospreciado culturalmente. Esto sucedía muy claramente cuando etnia y clase coincidían» (150). Su trabajo también incorpora la dimensión de género, especialmente respecto al matrimonio y la ilegitimidad, reconociendo dos tipos de ella: una «legitimidad horizontal», las uniones entre personas con cierto grado de igualdad, y la «ilegitimidad vertical», un tipo de relación que reproducía la desigualdad económica, social y de origen.

Un acápite muy interesante del libro es el dedicado a las fiestas. Estas expresan buena parte de la complejidad de las jerarquías sociales al mostrar aspectos materiales, como máscaras, vestimentas, objetos rituales y otros, percibidos a partir de sus marcas de clase y etnicidad, y que definen lo que corresponde a los indios y a los mestizos. La autora incluye la experiencia sonora de quienes asistieron a las diversas celebraciones,

demostrando que la experiencia cultural tanto se alimentó como contribuyó a consolidar la percepción de lo indígena. Estos momentos de celebración, que incluían música, danza y alcohol, eran espacios que les permitían a los indígenas romper los límites de los suburbios de La Paz, «invadiendo» la ciudad con sus «cajas y pífanos». De esta manera, la autora revela que, a mediados del siglo XIX, la inclusión y tolerancia de las prácticas indígenas fueron bastante inferiores a las que se practicaban en la época colonial antes de los Borbones. El significado de este hecho es revelador: fue durante la etapa republicana cuando se consolidó la identificación de lo étnico con lo racialmente inferior, con lo indígena. La autora revela, de este modo, la estrecha relación entre clase y etnicidad, una de las claves de la historia de América Latina.

Otro acápite importante es el análisis de la propiedad territorial, a partir de diversas fuentes como listas de tributo, listados de propiedad territorial, etcétera. Su estudio concluye que las categorías de originario y forastero, denominadas a veces como agregados, son más complejas de lo que se pensaba; a lo largo de fines de la época colonial y el siglo XIX, paulatinamente se fueron diluyendo esas categorías. Como la autora menciona, dentro de lo que se agrupaba bajo esas denominaciones fiscales se yuxtaponían diversos tipos de relaciones sociales y económicas. Por ejemplo, se registró a personas que no eran originalmente tributarias para conservar las tierras, cada vez más escasas a lo largo del siglo XIX; del mismo modo, muchos originarios se convirtieron en agregados o incursionaron en nuevas actividades como artesanos o comerciantes. De esta manera, se observa un fenómeno de proletarización de la mano de obra indígena.

Este proceso se intercala con la ofensiva estatal contra las tierras indígenas desde la presidencia de Melgarejo (1866-1868): se atacó a la comunidad indígena y se obligó a su parcelación en manos privadas. Como indica Barragán, la ley tenía por objeto formar haciendas: «y los indígenas serían colonos, sirviendo en la ciudad o en los pueblos». Aunque estas disposiciones fueron abandonadas luego de la derrota de Melgarejo, reaparecerían con diversos argumentos. La población indígena no actuó pasivamente ante estos intentos; se registraron diversos

levantamientos, agravados por el aumento de las contribuciones. La reacción de los sectores conservadores en el gobierno fue brutal, lo que motivó las denuncias de los liberales y reformó la relación del Estado con la población indígena, permitiendo su incorporación al ejército. Sin embargo, a pesar de todos estos esfuerzos, Barragán afirma que las comunidades de La Paz fueron desapareciendo y que se consolidaron la mediana y la pequeña propiedad, junto con las haciendas.

Finalmente, el libro aborda el proceso de modernización de la ciudad a fines del siglo XIX, la llegada de la luz artificial y la nueva infraestructura urbana más acorde con los gustos modernistas y burgueses de la época. Al mismo tiempo que se desarrollaban estos cambios, los criterios sociales también se renovaban al incluir la educación como factor decisivo en la ubicación de los individuos en las jerarquías sociales, como se evidencia en los censos de la época.

Como se puede notar, el libro de Barragán es un estudio muy completo de la evolución de la ciudad de La Paz y de su entorno desde fines del periodo colonial hasta los albores del siglo XX. No es un esfuerzo menor: su trabajo se asienta en una multiplicidad de fuentes, analizadas con distintas metodologías, lo que da como resultado un excelente ejemplo de «historia total».

JESÚS COSAMALÓN

Pontificia Universidad Católica del Perú